

MONOLOGOS DE ESPAÑOLITOS



¿QUE PODEMOS VENDER A LOS ARABES?

A L aeropuerto de Ginebra llega un matrimonio árabe. El es un moro de un metro noventa, guapetón de ojos verdes, que viste abrigo de visión hasta el calcañar. Ella es una mora de anca partida, cargada de metales dorados, de cristallitos brillantes, igual como cuando una burra toledana va cargada de loza. Los dos hijos, de unos diez años, visten abrigos de pantera de somalia con gorrito del mismo material para cubrir sus rizadas cabeceitas. El jefe de la familia lleva en la mano un maletín blindado, con herrajes electrónicos, nada del sansonite hortera de nuestros ejecutivos. La otra diferencia consiste en que el árabe lleva en la

maleta algunos millones de petrodólares y nuestro ejecutivo lleva calcetines, calzoncillos, camisas de terlenka y una estampita con la bendición de San Francisco. Está claro que este matrimonio moro no ha llegado a Ginebra para emplearse de camarero, ni para optar a un puesto de recogedor de basuras. Lo más lógico es que en el maletín haya una furiosa pasta para comprar todo lo que se ponga por delante: una granja de patos, la fábrica de relojes omega, el lago Lemán, diez montañas enteras de los Alpes.

Creo que estamos haciendo el idiota. Matrimonios moros como el de Ginebra los hay así, con el maletín blindado en la mano, es-

parcidos por todo el mundo. Y nosotros que prácticamente tenemos el país entero en venta, aún no les hemos vendido nada. Para empezar podríamos traspasarles por módico precio las bases americanas y ellos con eso fardarían mucho con sus avioncitos a reacción y todo; podríamos venderles el Museo del Prado con lo que cogieramos una billetiza muy saneada para poder importar whisky escocés y seguir pagando los royalties de la cacacola; se podría vender el ABC y así los españoles se iban a enterar de todas las dinastías orientales; se podría vender el Palacio Real piedra a piedra para construir unos bloques de estar-comedor mirando hacia Cara-

banchel; se podría vender la catedral de Toledo y dejar libre una plazuela con parterre y fuentejilla de surtidor con estacionamiento debajo. Y no digo las costas de la mar porque ésas ya están vendidas. En fin, hay que tener imaginación. Pero lo que haya que vender debe ser vendido pronto, porque puede llegar de un momento a otro el socialismo y entonces no tendremos más remedio que tragarnos para siempre jamás el Museo del Prado, las catedrales y los palacios. Lo único entonces sería desprenderse del coche ese del alcalde forrado de ante. Y eso es poca cosa.